

CENTROAMÉRICA ENTRE LA FRUSTRACIÓN Y LA ESPERANZA.

Hace unos 15 ó 20 años Centroamérica ocupaba un lugar importante en los medios de comunicación mundiales. Epicentro de los conflictos entre las superpotencias de la “guerra fría”, la URSS y EE UU, aparecía casi a diario en las portadas de los principales periódicos y ocupaba un lugar relevante en las principales agencias de noticias del mundo. Pero esto ya es historia. ¿Quién se acuerda actualmente de Centro América? ¿Quién se preocupa por lo que allí está sucediendo?

Desaparecido el “peligro del comunismo”, los pueblos centroamericanos no significan nada para los poderosos de este mundo. Si en un gran movimiento sísmico desaparecieran del mapa, todo seguiría exactamente igual en este mundo globalizado. A lo más, algún turista se lamentaría por no poder volver a disfrutar las puestas de sol en las playas del Pacífico o algún historiador nostálgico sentiría pena por la desaparición de antiguos monumentos mayas. Y ahí terminaría todo.

¿Cómo explicar este cambio en un periodo tan corto de tiempo? Durante 30 años (desde 1960 hasta 1990), Centroamérica vivió un periodo de esperanza colectiva. Después de siglos de inmovilismo, represión y explotación, el pueblo vislumbra la posibilidad de una vida diferente y de un cambio social. Se entregó a esta causa con generosidad y heroísmo. Cientos de miles de personas sellaron con su sangre la sinceridad de su compromiso.

Pero se embarcaron en una lucha muy desigual. Las clases dominantes y el imperialismo norteamericano no podían permitir experiencias que fácilmente se podrían contagiar. No regatearon medios ni crueldades para reprimir las ilusiones del pueblo por una vida mejor. Y en los años noventa, cuando la coyuntura internacional les era totalmente favorable, impusieron unos “Acuerdos de Paz”, que significaban el cese de las confrontaciones armadas pero dejaban intactas las causas de la guerra: la extrema pobreza y la injusta distribución de bienes, servicios y oportunidades. Unos acuerdos “sin vencedores ni vencidos”, que tuvieron el mérito de dejar a todos descontentos.

¿Cómo se va configurando la sociedad centroamericana a partir de esta realidad?

En primer lugar se percibe una sensación de abandono por parte de las grandes potencias y, consiguientemente, de las agencias noticiosas del mundo occidental. EE UU, que gastó miles de millones para sostener la guerra, actualmente invierte en la región menos de una cuarta parte para construir la paz. A partir del 91, en menos de 3 años, se retiraron de Nicaragua unos 50 representantes de periódicos y agencias noticiosas. A nivel informático, Centro América inicia un proceso de marginalidad creciente, interrumpido sólo cuando suceden grandes catástrofes, como terremotos, huracanes, etc.

Paralelo con este proceso de marginalidad se va generando una sensación de frustración colectiva, que se expresa de formas diferentes en los distintos sectores sociales. La corrupción de los políticos, que, convencidos de la imposibilidad de hacer cambios reales, buscan el modo de enriquecerse, a veces de manera escandalosa. El surgimiento de mafias del crimen organizado (Secuestradores,

robacoches, traficantes de drogas), compuestas principalmente por desmovilizados del ejército y también de las organizaciones guerrilleras. La impunidad reinante, por la ineficacia de los sistemas de justicia y seguridad ciudadana. El “acomodamiento” de los líderes de izquierda, que buscan un espacio en la mesa de los vencedores. La proliferación de pandillas juveniles (maras) y el crecimiento de la delincuencia común, que viven a la sombra de la impunidad, urgidas por la pobreza y desocupación generalizada. Todas estas son diferentes expresiones de la extrema pobreza, descomposición social y desmoralización colectiva que viven los pueblos centroamericanos.

Pero pareciera que hemos tocado fondo. Abandonado a su suerte, desde la frustración y el desengaño, no obstante, el pueblo pobre busca reconstruir la vida, profundizando en sus raíces culturales, comunitarias y religiosas.

Las mujeres, que fueron las más golpeadas por la pobreza, la violencia y la opresión, resultaron ser las que demostraron mayor capacidad de reacción y mayor creatividad para encontrar formas de sobrevivencia para ellas y sus familiares. En cualquier tipo de proyectos, promovidos por organizaciones populares, iglesias u ONGs, es notorio el protagonismo de las mujeres. Esto adquiere mayor relieve, si tomamos en cuenta el machismo de la cultura tradicional.

Los indígenas, secularmente marginados y despreciados, están viviendo un interesante proceso de revalorización de su cultura, que en muchos aspectos desafía y pone al descubierto lagunas o puntos débiles de la “cultura occidental cristiana”. La revalorización de la medicina tradicional, la preocupación por el medio ambiente y la ecología, y el sentido comunitario y acogedor en las relaciones humanas son algunos de los aportes de los pueblos indígenas que pueden contribuir a humanizar un poco más este mundo que llamamos “civilizado”. Actualmente protagonizan importantes luchas por la tierra, la dignidad y el derecho al trabajo.

Los niños y jóvenes, que representan el 60% de la población centroamericana, son un potencial inconmensurable, tanto para el bien como para el mal, según la orientación que den a sus vidas. Es un sector temido y poco atendido, pero muy rico en potencialidades. Sobre ellos recae la responsabilidad de construir las sociedades del futuro, más reconciliadas y armónicas que la presente.

Junto con los nuevos actores sociales surgen nuevos valores. Se prescinde un poco de las grandes ideas y de los grandes proyectos y se da más importancia a lo concreto, lo femenino, lo afectivo, lo comunitario, lo celebrativo.

Es una gestación no exenta de dolores y contradicciones; es una lucha muy desigual entre un mundo viejo que se resiste a morir y una sociedad nueva que lucha por nacer. Cuando los dueños del poder y del dinero presienten que pierden el control de la situación, no dudan en volver una y otra vez a la represión contra los líderes de las organizaciones populares y de los derechos humanos, como sucede actualmente en Guatemala. Pero nos anima la esperanza de que, como dice San Pablo, “Dios ha escogido lo que el mundo tiene por débil y despreciable para avergonzar a los fuertes; ha elegido la gente común y despreciada, la que es considerada como nada, para rebajar a lo que es y se considera grande y poderoso” (1 Cor.1,27-28).